

Feminismo e historia¹

Joan Wallach Scott²

Existe una larga historia de feministas que escriben la historia de las mujeres a fin de establecer un argumento para el trato igual de mujeres y hombres. Típicamente, esta aproximación ha incluido ejemplos sustitutivos positivos de las capacidades de las mujeres en lugar de caracterizaciones negativas. El contar con estereotipos ha creado una tensión en la descripción de la historia de las mujeres. Por una parte, una tendencia esencializadora asume (junto a los oponentes del feminismo) que existen características fijas relativas a las mujeres. (El desacuerdo es sobre lo que ellas son). Por otra parte, una aproximación historicista resalta diferencias entre mujeres e, incluso, dentro del concepto «mujeres».

Durante siglos, estos defensores de la elevación del estatus de las mujeres han entresacado del pasado ejemplos de figuras ejemplares: artistas, escritoras, políticas, religiosas devotas, científicas, educadoras. Dependiendo de la época y del propósito, han unido relatos para explicar las hipótesis sobre la incapacidad femenina contenida

en la literatura prescriptiva o códigos legales de su día. Cuando el argumento era sobre educación las feministas insistieron con sorprendentes casos de notables mujeres para demostrar que la erudición no distorsiona la feminidad o, más radicalmente, que el sexo no tiene nada que ver con las operaciones de la mente. Mientras las feministas se movilizaban para conseguir la colaboración ciudadana tras las revoluciones democráticas del siglo XVIII, ellas señalaban las capacidades políticas de reinas y de mujeres corrientes tales como Juana de Arco, para legitimar sus demandas de que los derechos políticos no deben serles denegados debido a su sexo. Un maravilloso ejemplo procede de un discurso realizado en 1793 en la sociedad parisiense de mujeres de la revolución republicana por «La mujer Mónica», una mercera:

«Desde la famosa Débora, que sucedió a Moisés y Josué, hasta las dos hermanas Frei que lucharon tan valientemente en nuestros ejércitos republicanos, no ha pasado ni un solo siglo que no haya producido una mu-

1. *Introduction* de Joan Wallach Scott (Ed.) a *Feminism and History*, Oxford Reading in Feminism, Oxford \ New York, Oxford University Press 1996. Publicada con permiso de Oxford University Press. Agradecemos a Joan W. Scott su gentileza para la publicación de este texto

2. Institute for Advanced Study, School of Social Science, Princeton University. Agradezco a Mary Louise Roberts y a Debra Keates por su cuidada lectura crítica.

jer guerrera. Ver cómo Thomrys, reina de los escitas, guerrea y conquista a Ciro el grande; la joven Marullus ahuyenta a los turcos de (Styliméne) ... Juana de Arco quién ahuyentó a los ingleses ante ella, avergonzándoles hasta levantar el cerco de Orleans ... No puedo citaros cada nombre de estas valientes ... quiero recordarles la fuerza y la entereza de aquella colonia de Amazonas cuya existencia ha sido puesta en duda debido a la gente celosa de las mujeres ... ¿Qué prueban todos estos ejemplos sino que las mujeres pueden formar batallones, mandar ejércitos, guerrear y conquistar igual que los hombres? Si quedase cualquier duda, quisiera citar a Pathee, Ingonded, Clotilde, Isabelle, Margueritte, etc. etc. pero yo no quiero detenerme aquí y quiero decir a esos hombres que piensan que son nuestros dueños: ¿Quién liberó Judea y Siria de la tiranía de Holofernes? Judith.

¿A quién debía Roma su libertad y la República? A dos mujeres. ¿Quiénes fueron las que dieron la lección final de valentía a los espartanos? Madres y esposas ... Si las mujeres son adecuadas para combatir no son menos adecuadas para gobernar. ¡Cuántas de ellas han gobernado con gloria! Mi único problema es cómo seleccionar los ejemplos. Theodelinda, reina de Lombardía, derrotó a Agilulfo y terminó con las guerras de religión que estaban assolando sus territorios. Todo el mundo sabe

que Semiramis era una paloma en la cama y un águila en el campo. Isabel de España gobernó con gloria. Tenemos de nuevo una mujer que apoyó el descubrimiento del Nuevo Mundo. En nuestra época, Catalina de Rusia terminó lo que Pedro solamente había señalado ...»

Los ejemplos continúan mientras Mónica trata de probar de forma definitiva que las mujeres «sirven para gobernar», que ellas lo hacen tan bien como los hombres, y que en una república ellas no deben ser excluidas del gobierno y de la administración.³

Cito este discurso no solamente porque ilustra tan claramente mi punto de vista, sino también porque tiene una doble resonancia. Es evidente que el camino de las feministas en el pasado ha servido para establecer la legitimidad de sus reclamaciones y es evidente que esto está disponible para nosotras como un resultado de los esfuerzos de recientes historiadoras feministas (en este caso, Darline Levy, Harriet Applewhite, and Mary Johnson, quienes peinaron los archivos buscando documentos sobre mujeres en París durante los tumultuosos años de la Revolución Francesa). Inspiradas por el movimiento feminista de los años sesenta, estas historiadoras no solamente establecieron la presencia de las mujeres sino también su activa participación en los acontecimientos que pasaron a constituir historia. Si la subordinación de las

3. Citado en Darline Levy, Harriet Applewhite, and Mary Johnson, *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795* (Urbana: University of Illinois Press, 1979), 167-9.

mujeres —pasada y presente— fue establecida al menos en parte por su invisibilidad, entonces su emancipación podía ser anticipada haciéndolas visibles en narraciones de la lucha social y de la realización política.

Los títulos de algunos de los libros más importantes de aquella época —*Becoming Visible, Hidden From History*— revelan esta preocupación haciendo destacar las mujeres a los lectores de narraciones históricas. Recobrando relatos sobre el activismo de las mujeres, las feministas proporcionaron no solamente nueva información sobre la conducta de las mujeres, sino también nuevo conocimiento —otra forma de comprensión de puntos de vista de mujeres y otra forma de visión y comprensión de lo que contaba como historia. Porque si las mujeres estaban presentes y activas, en tal caso ni la historia era el relato del heroísmo «de los hombres» ni tampoco era el medio para ratificar la actuación masculina exclusivamente (racional, autodeterminativa, autorrepresentativa). Como un correctivo a los temas falocéntricos de la mayoría de relatos históricos las mujeres eran retratadas como artífices de la historia. Pero la metáfora de visibilidad entrañaba mensajes contradictorios. Igualar visibilidad con transparencia hace que la tarea de las historiadoras feministas sea simplemente recuperar los hechos anteriormente ignorados. Cuando se efectuaron las preguntas de por qué esos hechos habían sido ignorados y cómo iban a ser ahora comprendidos la historia se convir-

tió en algo más que una búsqueda de hechos. Puesto que las nuevas visiones de la historia dependían de las perspectivas y preguntas de los historiadores, el hacer visibles a las mujeres, era simplemente un asunto de desenterrar nuevos hechos. Era un asunto de adelantar nuevas interpretaciones que no solamente ofrecían nuevas lecturas de la política sino también de la cambiante significación de las familias y de la sexualidad.

La recuperación feminista de las mujeres para la historia ha sido un proyecto contradictorio y complejo que ha exigido un gran esfuerzo. Se ha visto rodeado por una versión del acertijo «igualdad versus diferencia» que las feministas encararon hace tiempo, cuando discutían por la igualdad con los hombres. Las historiadoras feministas han hecho que la identidad de las «mujeres» sea vista como coherente y singular al mismo tiempo que ha proporcionado evidencias empíricas de diferencias irreductibles entre las mujeres. Las historiadoras feministas han ofrecido ejemplos procedentes de muchos siglos y países que contrarrestan las pretensiones contemporáneas de que las mujeres son, por constitución física y por temperamento psicológico, más débiles, más pasivas, más competentes con los hijos, menos productivas como trabajadoras, menos racionales y más emotivas que los hombres. Esta aproximación simultáneamente ratifica a las mujeres como sujetos históricos operantes en el tiempo y construye una idea de «mujeres» única y atemporal: aquellas muje-

res del pasado (o de otras culturas) cuyas acciones sientan precedentes para nosotras mismas y son tomadas fundamentalmente como nosotras. (Tienen que serlo para que las comparaciones y los precedentes sean significativos).

Incluso si se creó tal sentido de identidad por encima del tiempo, sin embargo, el trabajo de recuperación histórica resaltó a mujeres cuya diferencia con «nosotras» necesitaba ser reconocida y explicada. ¿Podía existir una identidad compartida por las «mujeres» si las condiciones de vida y el significado de las acciones eran fundamentalmente diferentes de los nuestros? Los elocuentes escritos de las mujeres aristocráticas francesas del siglo XVII podían utilizarse para probar que las mujeres como grupo no estaban exentas de talento creativo, pero también ponían en evidencia la consecuencia de cómo tales mujeres particulares habían llegado a escribir como lo hacían. Los hechos que mostraban las duras vidas de las mujeres trabajadoras de las primeras factorías inglesas pueden haber demostrado una innata capacidad de las mujeres para el trabajo, pero también planteaban preguntas acerca de cómo era tolerado dicho trabajo en sociedades que asimilaban domesticidad con feminidad. ¿Y cómo interpretar las erotizadas expresiones de pasión de unas hacia otras de las mujeres norteamericanas de principios del XIX si vivían según las normas de una organización social heterosexual? La especificidad y la diversidad de la evidencia histórica no puede leerse como

una simple manifestación de la innata capacidad de las mujeres.

Éste es tal vez otro modo de decir que las conflictivas concepciones de los usos del pasado han sido intrínsecas a la historia feminista. El deseo de legitimar las demandas feministas en torno a las mujeres con el fin de consolidar un movimiento político feminista, trata a las «mujeres» uniformemente y, por tanto, ahistóricamente. Pero la creación de las mujeres como sujetos de la historia las coloca temporalmente en los contextos de su acción, y explica las posibilidades que existen para tal acción en términos de dichos contextos. Así, la historia contiene ejemplos de diferencias fundamentales, en experiencia y en auto-comprensión, entre las mujeres, socavando potencialmente la tarea política de crear una identidad común permanente.

La cuestión no resuelta de si «mujeres» es una categoría radicalmente diversa, de si «mujeres» es una categoría social que pre-existe o bien está producida por la historia, se halla en el mismo corazón tanto de la historia feminista como de la historia del feminismo. Esto no debería ser sorprendente si consideramos que los dos son proyectos interrelacionados. El feminismo como una política apela a las «mujeres» en cuyo nombre actúa como si fueran un grupo social permanente y claramente distinguible con el fin de movilizarlas dentro de un movimiento político coherente; la historia del feminismo, a su vez, ha sido la historia del proyecto de reducir las diversidades entre mujeres (de clase, raza, sexuales, étnicas, políticas, re-

ligiosas, y de estatus socio-económico) a una identidad común (generalmente en oposición al patriarcado, un sistema de dominación masculina). En la medida que la historia feminista sirve a los fines políticos del feminismo, ella participa en producir dicha identidad común esencialista. Al mismo tiempo, no obstante, y como parte del propósito de recuperar el pasado de las mujeres, la historia feminista analiza las condiciones que han producido o que han dejado de producir una identidad compartida, mediante el examen de los diferentes contextos en los cuales han vivido las mujeres, los distintos modos cómo han experimentado sus vidas, las diversas influencias de su conformidad o resistencia a las normas que las sociedades han elaborado para su comportamiento. Los resultados de este análisis apuntan hacia diferencias fundamentales en las identidades atribuidas y manifestadas por las mujeres. Dichas identidades cambian con el tiempo, varían en diferentes sociedades, e incluso cambian para las mismas mujeres según los contextos en los que están. Excepto por el factor de la similitud de sus órganos sexuales es difícil hallar una identidad común (ya sea ésta basada en una opresión objetiva o en una percepción subjetiva) entre las aristocráticas *salonières* del siglo XVII y las amas de casa de la clase media del siglo XIX, o entre aquellas mujeres religiosas de la edad media que buscaban trascender de sus cuerpos al servicio de Cristo y las trabajadoras sexuales del siglo XX cuyos cuerpos sirven como una fuente de ingresos. La historia feminista ha proporciona-

do a los movimientos políticos feministas contemporáneos al mismo tiempo un sujeto (las mujeres) y un origen (una larga línea de madres anteriores) así como los modos de analizar la emergencia de dichos sujetos y movimientos del pasado. Ha colocado a las «mujeres» como una categoría social que pre-existe a la historia y, al mismo tiempo, ha demostrado que la propia existencia de la categoría social de las mujeres variaba de acuerdo con la historia. Yo diría que, difícil como es vivir con tensión, ésta es una de aquellas tensiones útiles y productivas con las cuales merece la pena vivir. El feminismo ha proporcionado foco, compromiso y estímulo crítico para aquellas de nosotras que hemos acometido la tarea de escribir la historia desde su perspectiva, en tanto que la historia ha proporcionado un importante y sereno correctivo a las tendencias esencialistas de la política feminista.

La diferencia como una categoría analítica para el feminismo

La búsqueda del feminismo de un substrato común para «las mujeres» reprimió las diferencias pero no las eliminó. Podemos leer la historia de los movimientos feministas en términos de una tensión entre unidad y diferencia.

En los EE.UU., las feministas se dividieron sobre cuestiones de esclavitud y raza. No todo el mundo aceptó los argumentos de Sojourner Truth en 1851 de que ella era, también, una mujer —dado que había parido y criado a trece hijos. De

hecho, las demandas por los derechos de las mujeres a menudo procedían de feministas que no incluían a las afro-americanas y en cambio hablaban de las «mujeres» en términos universalistas. A principios del siglo XX un encuentro de feministas francesas se dividió sobre la cuestión de la clase. Cuando la mayoría rechazó una resolución solicitando un día libre para las criadas domésticas (algunas delegadas argumentaban que las muchachas con tiempo libre podían hacerse prostitutas), las socialistas que allí había denunciaron el feminismo como un pretexto para los intereses de las mujeres de clase media. Algunas argumentaban que nunca podría haber solidaridad entre las mujeres de distintas clases sociales. Defendiendo el feminismo como un movimiento para todas las mujeres («mujeres» como una categoría homogénea), Hubertine Auclert replicó «no puede haber un feminismo burgués y un feminismo socialista porque no hay dos sexos femeninos».⁴

La explicación de Auclert niega el problema de la diferencia (de clase) que al mismo tiempo reconoce. Los movimientos feministas de finales del siglo XX no han querido o no han podido negar las diferencias del mismo modo. En realidad podría decirse que la diferencia está en el mismo corazón de la teoría y de la práctica del feminismo contemporáneo; los debates nacionales e internacionales entre

las feministas han sido comprendidos en términos de las diferencias entre las mujeres. A finales de los setenta en los Estados Unidos «las mujeres de color» tomaban ese nombre como una manera de revelar la blancura implícita del feminismo. Argumentaban que la raza no podía separarse de las consideraciones de la experiencia de las mujeres y que, por tanto, las diferencias entre mujeres blancas y mujeres no-blancas podían ser irreductibles —sus necesidades e intereses tan distintos como para impedir la formación de un programa común. La poetisa afro-americana Audre Lorde (en un razonamiento que recuerda los debates franceses en torno a la clase) habló de este modo en una conferencia feminista internacional que tuvo lugar en Nueva York en 1979:

«Si la teoría feminista americana no necesita tener en cuenta las diferencias entre nosotras, y la diferencia resultante de nuestras opresiones, en ese caso ¿cómo manejaríais el hecho de que las mujeres que limpian vuestras casas y que atienden a vuestros hijos mientras vosotras asistís a conferencias sobre teoría feminista son, en su gran mayoría, mujeres pobres y mujeres de color? ¿Cuál es la teoría que hay tras el feminismo racista?»⁵

Asimismo, el tema de la sexualidad ha planteado formidables preguntas sobre la diferencia, condu-

4. Steven C. Hause con Anne R. Kenney, *Womens's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic* (Princeton University Press, 1984), 70.

5. Audre Lorde, *Sister Outsider* (Trumansburg, NY: The Crossing Press, 1984) 112.

ciendo a serias fracturas en la solidaridad feminista y al surgimiento del feminismo «radical» —término utilizado para referirse a aquellas mujeres que juzgan la heterosexualidad como la fuente de opresión de las mujeres. La filósofa francesa Monique Wittig alegó en conexión con esto que las lesbianas no eran «mujeres» puesto que estaban fuera de la economía simbólica de las relaciones heterosexuales. ¿Podía haber un substrato feminista común para lesbianas y «mujeres»? ¿Quiénes eran las «mujeres» que iban a ser movilizadas por las campañas feministas?

A lo largo de los últimos veinte años las sucesivas conferencias de las Naciones Unidas sobre mujeres y población (en Copenhagen, Nairobi, México D. F., y El Cairo) han revelado tanto diferencias como similitudes entre las mujeres en el Primer y en el Tercer Mundo, Este y Oeste, Norte y Sur, si el tema es la planificación familiar y la mortalidad infantil, desarrollo y oportunidad económica, o estatus legal y participación política. Las diferencias en el seno de las categorías de diferencia establecidas, como son raza y etnicidad, también han revuelto las deliberaciones; no todas las mujeres negras, islámicas o judías comparten las mismas concepciones de feminidad o el mismo papel social o la misma política. En las sociedades pre-colonialistas y en las post-coloniales, la política, la etnicidad y la religión conducen a las mujeres a identificar sus necesidades, deseos e intereses tan diferenciadamente que ha sido difícil articular

una agenda compartida. La reciente historia del feminismo no muestra la imposibilidad de establecer tal agenda sino el hecho de que ésta no emerge automáticamente cuando las mujeres se reúnen. Por el contrario, las plataformas y las recomendaciones de un programa político ofrecido en nombre de las «mujeres» se produjeron tras intensas negociaciones. Es este proceso político el que identifica a las «mujeres»; éstas no existen como seres naturales idénticos fuera del mismo.

Como las diferencias entre las activistas feministas se han hecho progresivamente más visibles y discutidas, las historiadoras feministas (muchas de ellas también activistas) han intentado comprender la diferencia historiándola. Gran parte del esfuerzo ha implicado descripciones de diferencias entre las mujeres; la identidad de género está compuesta e internamente diferenciada por identidades sociales y, a veces, también políticas. Las categorías se nos ofrecen como hechos evidentes en sí mismos; existen mujeres de clase trabajadora, mujeres afro-americanas, mujeres musulmanas, mujeres burguesas, mujeres campesinas, mujeres lesbianas, mujeres judías lesbianas, mujeres socialistas, mujeres nazis —la lista sigue y prosigue poblando la historia de las mujeres con la complejidad y la diversidad que caracterizan las historias más generalizadas enfocadas sobre los hombres. Pero las etiquetas descriptivas que separan esas mujeres distintas también las esencializan. En lugar de una historia singular «de las mujeres», ahora hemos fijado cate-

gorías de mujeres de la clase trabajadora, afro-americanas, o islámicas. Describir su historia sin preguntarnos de dónde surgen las identidades, cuándo aparecen y a qué objetivos sirven, da a esos grupos cierta esencia eterna.

Pero, exactamente como las metáforas de visibilidad asumieron y combatieron la transparencia de la categoría social «mujeres», así las historias de los diferentes grupos de mujeres implícitamente desvelan cuestiones acerca de la naturaleza relacional y contingente de la diferencia. La categoría «mujeres de la clase trabajadora», por ejemplo, se refiere descriptivamente en muchos estudios a las personas que ganan un sueldo con cuerpos femeninos. Pero cuando en algunos contextos históricos «mujeres de la clase trabajadora» han significado exclusivamente mujeres blancas que ganan un salario no ha sido suficiente añadir «blanca» a la etiqueta descriptiva. Cierta tipo de análisis necesita una complicada y altamente específica relación de poder. ¿Cuál es el proceso por el que raza o clase se hacen pertinentes para realizar distinciones sociales en ciertos períodos y no en otros? ¿Cuál es la relación entre género y estas otras categorías? ¿Tiene prioridad la raza sobre la clase y la clase sobre el género, o existen conexiones inseparables entre ellas? ¿Bajo qué condiciones? ¿En qué circunstancias? Estas cuestiones requieren un análisis de cómo se construyen, específicamente, diferencias tales como las de clase, raza, y género. En los últimos años del siglo XX, la

diferencia se ha convertido en una categoría analítica para el feminismo.

Describir la diferencia establece distinciones sociales y hechos sociales; analizar la historia por lo que esas diferencias han producido rompe su fijeza como hechos permanentes y las refunde (así como las jerarquías sociales que organizan) como los efectos de un proceso de cambio combatido y contingente. Las diferencias y las identidades diferentes que establece (para las mujeres y entre ellas) son comprendidas como relativas a contextos específicos —a la historia.

Describiendo diferencias entre las mujeres se establece el hecho de identidades separadas pero también se desprende la conclusión de la naturaleza relacional de la diferencia. Cuando preguntamos cómo se relacionaban en el siglo XIX las blancas con las negras, o las inglesas con las indias queda implícito que dichas identidades tienen algo que ver las unas con las otras, que no sólo están conectadas socialmente sino conceptualmente. En otras palabras, parte del ser blanco significa no ser negro; el carácter de inglesa se establece en contraposición con el carácter de india. La identidad no era inherente al cuerpo o a la nacionalidad, sino que se producía discursivamente por contraste con otras. Y dichos contrastes, ya sean de raza, clase o género, han tenido una historia. El historiador Thomas Holt ha escrito, por ejemplo, respecto al modo en que las identidades «negro» y «blanco» eran concebidas

por los africanos-jamaicanos rebeldes durante el motín de la Bahía de Morant en 1865.

«Contrariamente al sistema discursivo dominante, que identificaba a los negros como aquellos que trabajaban y a los blancos como aquellos que gobernaban, los rebeldes de la Bahía de Morant aparecen generalmente reconociendo a los blancos como aquellos directamente implicados en el sistema de su opresión (colonos, magistrados, y sus ayudantes) y a los negros como aquellos que eran las víctimas del sistema. En unos estatus más liminales pero protegidos estaban aquellos menos directamente implicados en el sistema, como los médicos blancos, y los que estaban casi completamente fuera del mismo, como los físicamente negros cimarrones que por conveniencia tenían una existencia asegurada separada de "los negros". Por supuesto, ello no significa que su propio sistema discursivo para reconocer al enemigo sostuviera un parecido mayor con la realidad de lo que lo hacía el discurso dominante blanco. Los cimarrones pronto fueron organizados por "los blancos" como una violenta fuerza contrainsurgente para aplastar la rebelión de "los negros"».⁶

Del mismo modo que las exploraciones históricas de la experiencia pasada de las mujeres producen y socavan la categoría singular «mujeres», las historias de diferen-

tes grupos a su vez han consolidado categorías contemporáneas de identidad (las de «clase», «raza», y «sexualidad» por tomar solo unos pocos ejemplos) y las hacen relativas a momentos específicos y a circunstancias históricas al mismo tiempo.

Historiando la diferencia

Aunque historiar la diferencia está implícito en mucha historia feminista reciente, no constituye el eje central del trabajo de todas las historiadoras. En realidad ha existido una controversia entre las historiadoras feministas acerca de si este esfuerzo es apropiado o no lo es. La controversia es sintomática de las tensiones dentro de la historia feminista, entre el imperativo político de esencializar «mujeres» y los efectos relativizantes de la historia. Algunas historiadoras han argumentado que la atención prestada a la construcción de categorías de diferencia las desvían de las actividades de las mujeres reales; otras han sugerido que el «relativismo» socava las posibilidades para la acción política; y otras mantienen que las diferencias (entre mujeres y hombres y entre las propias mujeres) son hechos evidentes en sí mismos que solo necesitan ser informados y que son innecesariamente complicados para el análisis teórico abstracto. En parte, la controversia refleja diferentes filosofías de la historia: aquellas con

6. Thomas C. Holt, «Experience and the Politics of Intellectual Inquiry», in James Chandler, Arnold I. Davidson, and Harry Harootunian (eds.), *Questions of Evidence: Proof, Practice, and Persuasion across the disciplines* (University of Chicago Press, 1994), 392-3.

una perspectiva más o menos positivista que quieren informar de lo que realmente sucedió (en el caso de las feministas, para corregir las desviaciones que los enfoques masculinos han impuesto a nuestro conocimiento del pasado) están en conflicto con aquellas que insisten en que la historia no puede recuperar un pasado no mediatizado, sino que más bien produce activamente visiones del pasado. Para estas últimas se sigue que los historiadores deben poner el centro de atención en la interpretación del pasado. Actualmente esta interpretación con frecuencia usa «la diferencia» como una categoría analítica para explorar los modos cómo se han producido las identidades.

Este libro es una colección de artículos escritos por historiadoras feministas (y en unos pocos casos, por estudiosas de disciplinas aliadas de la sociología, de la antropología y de la literatura) interesadas en analizar la producción de identidades históricamente. Más bien que ilustrar la gama completa de aproximaciones a la historia de las mujeres (una tarea difícil y, en cualquier caso, ya acometida por otras colecciones de artículos), he seleccionado artículos de utilidad para el feminismo que historian categorías de diferenciación social.

La aproximación a esta historización no es en modo alguno uniforme. Ha habido cierto número de diversas influencias sobre ella: marxismo, antropología cultural y simbólica, psicoanálisis, lingüística, crítica literaria, deconstrucción. La obra de Michael Foucault sobre discurso y poder generalmente,

pero específicamente sobre la historia de la sexualidad, abrió un nuevo campo de investigación para aquellos interesados en la diferencia sexual. El sexo dejó de ser un instinto biológico atemporal, la sexualidad dejó de ser un conjunto de atributos fijos; en su lugar, según Foucault, sexo y sexualidad eran los efectos de los conceptos cambiantes del comportamiento humano que podían ser estudiados en las declaraciones de los médicos y juristas así como en las actividades de hombres y de mujeres. No solo existían diferentes formas de sexualidad para ser documentadas, sino que similares tipos de comportamiento tenían ampliamente diferentes significados. Aquellos que realizaban actos sodomíticos en la Edad Media, por ejemplo, pudieron haber sido castigados por inmoralidad, pero no hubiesen sido identificados como gays o lesbianas (hasta bien entrado el siglo XIX) y es un anacronismo identificarlos así en sus historias. Respecto a esto, los términos que constituyeron la heterosexualidad normativa asimismo cambiaron dramáticamente con el tiempo.

La atención a las identidades cambiantes a lo largo del tiempo no ha sido una preocupación exclusiva de las historiadoras feministas. Estas la han compartido con quienes escriben historia del trabajo, historia post-colonial e historia de la raza y de las relaciones de raza. E. P. Thompson buscó los orígenes relacionales e históricos de las definiciones de clase en su monumental *Historia de la formación de la clase obrera inglesa* de 1963: «la

clase está definida por los hombres según ellos viven su propia historia, y, al final, ésta es la única definición».⁷ Edward Said y los historiadores de los Estudios Subalternos Indios argumentaron que las perspectivas occidentales eran inadecuadas para recopilar las historias de los temas coloniales. Ellos argumentaban que las historias occidentales eran parte del proceso por el cual el imperialismo había establecido relatos poco objetivos del pasado pre-colonial y colonial. Los términos y las categorías de las historias occidentales fueron destronados como instrumentos analíticos convirtiéndose en cambio en objetos de análisis. Trabajando sobre la historia afro-americana de los Estados Unidos, Bárbara Fields concluía que la raza no era «una hecho observable», sino más bien «una noción profunda y esencialmente ideológica»:

«La raza es un producto de la historia ... no de la naturaleza. Como un elemento de la ideología, como mejor se comprende es en conexión con otros elementos de la ideología y no como un fenómeno *sui generis*. Sólo cuando se establecen cercanas a las ideas contemporáneas sin nada que ver con la raza, pueden las ideas sobre la raza colocarse en el contexto del conjunto ideológico del cual forman parte».⁸

Para comprender la raza se requería, mantuvo Fields, la apreciación crítica de la historia de la ideología. Por ideología ella significó los términos en los cuales la gente da por aceptado que se organizan y se interpretan a sí mismos, sus relaciones y sus mundos. Ideología, según este uso, no significa ni una reflexión superestructural ni una mixtificación de la realidad, sino los principios organizativos de la identidad social. Otros prefieren utilizar discurso para referirse a los procesos por los cuales se producen los hechos de diferencia social. Cualquiera que sea el término, el objetivo es el mismo: comprender cómo se conceptúan y organizan las relaciones sociales.

Los ensayos de este volumen se aplican a la cuestión de la identidad como un problema de discurso o de ideología en el contexto histórico. Lo hacen así de diferentes modos, con diversos propósitos, y con distintas combinaciones de análisis y de evidencia empírica. Algunos son más programáticos en énfasis, otros basan sus argumentos a través de los estudios de casos específicos. Algunos buscan desnaturalizar categorías que han aparecido como naturales porque se refieren a la biología: es el caso de las categorías «mujeres», «género», «raza» y sexualidad. Lo hacen para demostrar no sólo que las ideas acerca de las mujeres y de la

7. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (New York: Vintage Books, 1966), 11.

8. Bárbara J. Field, «Ideology and Race in American History», in J. Morgan Kousser and James M. McPherson (eds.) *Region, Race and Reconstruction* (New York: Oxford University Press 1982), 143-77, cita pág. 150.

feminidad han cambiado con los tiempos, sino que también han variado en un mismo período entre grupos diferenciados por la raza, la clase y la nacionalidad. Los artículos en los apartados I y V, particularmente, señalan desde diferentes posiciones que la diferencia sexual y las diferencias de sexualidad no pueden ser entendidas al margen de sus historias.

Los artículos de los apartados, I, II, III y IV ponen en duda la noción de que categorías que significan diferencia («mujeres», «género», «raza», y «clase») son de algún modo homogéneas o consistentes o singulares en sus operaciones. Acentúan no solo la diversidad de los grupos y de los individuos comprendidos en el término «mujeres», sino los significados cambiantes del término en sí mismo. «“Mujeres”, se construye histórica y exclusivamente y siempre hace referencia a otras categorías que a su vez también cambian», escribe Denise Riley. Su énfasis sobre la interacción de las categorías es considerado por cierto número de otras autoras. Ellas demuestran una y otra vez que las categorías de identidad interactúan complejamente (raza y género marcan los límites de clase, las definiciones de clase están influidas por el género) y diferentemente (las doctrinas nazis de la pureza racial produjeron distintos significados de maternidad de lo que lo hicieron los ideales de domesticidad de la clase media del siglo XIX). Describen las identidades como cambiantes, articuladas en contextos específicos para organizar las relaciones so-

ciales (como Tany Barlow demuestra para el caso de China), para afirmar el poder (como en el ejemplo de la política imperial en Asia colonial), o para promulgar nuevas ideas de orden social (como en el ejemplo de la homosexualidad en la Francia del siglo XIX). Y ven la diferencia no como simple diversidad sino como una jerarquía operante que sirve a ciertos intereses (trabajadores hombres, empresarios, políticos, administradores imperiales) a expensas de otros.

Si las líneas de la diferencia implementan relaciones de poder, también crean identidades que pueden ser desplegadas estratégicamente para la resistencia y el cambio. Los ensayos del apartado VI exploran los modos cómo las mujeres han invocado las identidades de raza, nacionalidad, clase y género para formar movimientos feministas o para introducir demandas feministas en otros movimientos políticos o, como en el ejemplo citado por Elsa Barkley-Brown, para desarrollar un movimiento (y una identidad política) que no toma la raza y el género como problemas separables. Pero también muestran cuán difícil podría ser establecer la identidad invocada. Ann Snitow escribe acerca de la recurrente «tensión —entre la necesidad de actuar como mujeres y la necesidad de una identidad no sobredeterminada por nuestro género— (lo cual) es tan viejo como el feminismo occidental». La autora describe la imposibilidad en el movimiento feminista americano de resolver la cuestión de si las feministas quieren ser «mujeres» como

la sociedad las define o quieren ser liberadas de dicha identidad para siempre.

Probablemente es inevitable que los análisis que utiliza la historia para hacer sus hipótesis hagan preguntas acerca de las obras de historia en sí mismas. Las feministas han criticado desde hace tiempo los relatos tradicionales del pasado porque excluyen a las mujeres; han proporcionado suplementos a las historias existentes así como recolocaciones. Han ofrecido análisis críticos de las razones de la exclusión de las mujeres. Han argumentado que la atención a las mujeres no sólo hubiera proporcionado nueva información sino que hubiera expuesto los límites de las historias escritas únicamente desde la perspectiva de los hombres. Y han documentado (como lo hace Bonnie Smith) los sutiles y no tan sutiles obstáculos que apartaban a las mujeres de escribir la historia. Feministas como Smith han mostrado los modos como las prácticas y definiciones reinantes de la historia estaban profundamente marcadas por el género y han argumentado que la inclusión de las mujeres (como sujetos y como historiadoras) cambiará el modo como se concibe la historia. Las historiadoras francesas que han escrito el artículo final de este volumen insisten en que la investigación empírica sola —por y acerca de las mujeres— no resolverá completamente el problema de la exclusión. En su lugar, argumentan que las cuestiones expuestas y las aproximaciones analíticas tomadas son cruciales para los resultados que las fe-

ministas esperan obtener. «¿Cómo funciona la diferencia entre los sexos frente al cataclismo histórico o al suceso significativo?» se preguntan. Y por implicación, nosotras podemos añadir, «¿Cómo hacen dichos cataclismos y sucesos para producir nuevas definiciones de las relaciones entre los sexos?». A su sugerencia de que la contradicción y la paradoja es el foco del análisis histórico feminista, nosotras podríamos añadir que el propósito de dicha investigación no debería estar únicamente confinado al género. En tanto que el género facilita y depende de otras diferencias para su enunciación, nosotras entendemos sus operaciones más plenamente en este marco más amplio.

Cuando las historiadoras feministas analizan la diferenciación social como el producto contingente y variable de historias particulares (como lo hacen en este volumen) proporcionan una alternativa a las historias categóricas que toman la diferencia como fija, estable y eterna. Aquí ellas abren posibilidades para reinterpretar no solamente la historia de las mujeres sino para comprender el feminismo bajo una nueva luz. No como una entidad claramente definible, sino como un lugar donde las diferencias entran en conflicto y se unen, donde los intereses comunes están articulados y contestados, donde las identidades consiguen estabilidad temporal —donde se hace la política y la historia.

(Traducción al castellano de Isabel Martínez Martínez, historiadora, SIM Universitat de Barcelona)

La Correa Feminista

Correa feminista de reflexión y
transmisión informativa

No. 15

verano-otoño 1996

DIRECCIÓN: Ximena Bedregal Sáez

RESPONSABLE LEGAL: Rosa Rojas

CAPTURA: Ursula Zöeller

DISEÑO: Marie France Porta Bilbe

IMPRESIÓN: Ursula Zöeller

COMPAGINACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: Socorro
Canchola

**EQUIPO DE APOYO EDITORIAL, ESCRITURÍA,
CORRECCIÓN** (de corregir textos no de correcto),
**TRADUCCIÓN, DES-COMPAGINACIÓN, OPINIÓN
Y CAOS:** Elizabeth Álvarez, Francesca Gargallo,
Rosa Rojas, Nina Torres, María Elena García,
Margarita García, Gala Cacarella, Rosario G.
Moya, Susana Quiróz, Inés Morales, Paty Pedroza
(México), Margarita Pisano, Edda Gabiola, Sandra
Liddid (Chile)

EDITADA E IMPRESA POR EL
*Centro de Investigación y Capacitación
de la Mujer, A.C.*

Ap. postal 4-053, México D.F. 06400.

Telfax 518 64 29

E-MAIL: cicam@laneta.apc.org

Los artículos firmados son de exclusiva responsabi-
lidad de sus autoras y no reflejan necesariamente la
posición del CICAM, A.C.

Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo
No. 2931-93 de la Dirección General de Derechos de
Autor, Secretaría de Educación Pública. Certificado de
Licitud de Título No. 7662 y Licitud de Contenido No.
7962, expedidos por la Comisión Calificadora de
Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de
Gobernación. Autorización de SEPOMEX como corre-
spondencia de porte pagado nacional No. CRN-DF-
225-94, e internacional No. CRI-DF-108-94.

SUSCRIPCIONES 1996

México (individuas).....	N\$ 65
México (instituciones).....	N\$ 95
Centro y Sudamérica.....	US\$ 19
(instituciones).....	US\$ 30
Resto del Mundo.....	US\$ 25
(instituciones).....	US\$ 45

Esta revista es posible gracias al trabajo intenso
y solidario de muchas amigas, al milagro eterno
de la imaginación a contramano y al apoyo
material de Frauen An-stiftung de Alemania.

